



## EL MAGO DE OZ

Esta novela, un clásico imprescindible dentro de la Literatura Infantil, escrita hace más de cien años por el norteamericano Frank Baum que ha sido adaptada para el cine, el teatro y la comedia musical, sigue tan vigente como el primer día. La propuesta es acercarles a los primeros lectores este clásico que destaca el valor de la amistad y la solidaridad así como el respeto hacia lo diferente ya que en esta obra está siempre presente la idea de que pese a nuestras limitaciones si ponemos lo mejor de nosotros, se podrán superar las adversidades.



## EL MAGO DE OZ



Adaptación para jóvenes lectores de  
**MARIO LILLO**  
**BEATRIZ ORTIZ**  
ILUSTRACIONES: IÑAKI ECHEVERRÍA

# CAPÍTULO 1

## EL TORNADO

**D**orothy vivía en medio de las grandes praderas de Kansas, con el tío Henry, que era granjero, y la tía Em, que era la mujer del granjero.

Su casa era pequeña, tenía cuatro paredes, un piso y un techo que formaban una habitación; y en ella había un fogón, una alacena para platos, una mesa, tres o cuatro sillas y las camas. La casa tenía un pequeño agujero excavado en el suelo, al que llamaban el “sótano del tornado”, donde podían meterse cuando soplaban esos vientos terribles, tan fuertes que pueden derribar cualquier edificio. En el medio del piso, había una puerta trampa y desde allí una escalera bajaba al oscuro agujero.

Cuando Dorothy salía a la puerta de la casa, solo veía la enorme pradera gris por todos lados. El sol había recocido la tierra arada, que era una masa gris surcada de pequeñas grietas; hasta la hierba era gris, porque el sol había quemado sus puntas. Alguna vez, la casa había sido pintada, pero el sol requemó la pintura y las lluvias la lavaron, así que ahora era opaca y gris, como todo lo demás.

Cuando tía Em se fue a vivir allí, era una joven linda y alegre, pero el sol y el viento la habían cambiado a ella también: era una



mujer delgada, demacrada y ya nunca sonreía. Cuando Dorothy, que era huérfana, llegó a la casa y se rio, la tía Em se sorprendió tanto que se puso a gritar y se llevó la mano al corazón, y cada vez que la niña sonreía, no lograba entender por qué lo hacía.

Tío Henry no reía jamás, trabajaba todo el tiempo, no sabía lo que era la alegría y también era gris desde la barba hasta sus botas.

Totó era quien hacía reír a Dorothy y así evitó que ella se volviera gris. Era un perrito negro, de largo pelo sedoso y ojitos negros. Totó se pasaba el día jugando, y la niña jugaba con él y lo quería muchísimo.

Hoy, nadie jugaba, tío Henry miraba el cielo, Dorothy con Totó en brazos, también lo miraba porque estaba más gris que de costumbre.

Por el norte, se oyó un sordo gemido del viento, y la larga hierba se onduló presagiando la tormenta. Por el sur, se oyó un silbido, y cuando la niña y su tío miraron hacia allá, vieron la hierba rizada de ese lado también.

Entonces, tío Henry se levantó y dijo:

—Se acerca un tornado, Em, buscaré a las vacas.

Tía Em le gritó a Dorothy:

—¡Rápido! ¡Corre al sótano!

Totó se metió debajo de la cama, y la nena corrió a buscarlo, mientras tía Em abría la trampilla y bajaba por la escalera hasta al agujero. Dorothy, finalmente, sacó a Totó y cuando se dirigía hacia el agujero, el viento rugió y la casa se sacudió, entonces, pasó algo muy raro.

La casa se elevó por los aires y a Dorothy le pareció que subía en un globo.

Los vientos se encontraron justo donde estaba la casa y el aire la elevó a la cima del tornado y allí se quedó y la arrastró muy lejos, como si fuera una pluma.

Estaba oscuro y el viento ululaba, pero salvo dos o tres sacudidas, el viaje no fue desagradable.

A Totó no le gustaba, daba fuertes ladridos, pero ella se quedó muy tranquila, tanto que después de un largo rato, se subió a la cama y se quedó dormida, el perrito la siguió y se quedó a su lado.



## CAPÍTULO 2

### ENCUENTRO CON LOS MUNCHKINS

**L**a despertó una sacudida tan fuerte e inesperada que si Dorothy no hubiera estado tendida en la cama, podría haberse hecho daño. El golpe le hizo contener el aliento y preguntarse qué había pasado. Totó le pasó el hocico sobre la cara mientras lloraba espantado. Al sentarse en la cama, la niña notó que la casa ya no se movía, ni tampoco estaba oscuro, porque por la ventana entraba un sol radiante, que inundaba la habitación. Saltó de la cama y, con Totó pegado a sus talones, corrió a abrir la puerta. La niña dio un grito de asombro al mirar a su alrededor, mientras que sus ojos se agrandaban cada vez más ante la vista maravillosa que se le ofrecía. El tornado había depositado la casa con bastante suavidad en medio de una región de extraordinaria belleza. El terreno, cubierto de césped, y en los alrededores, majestuosos árboles cargados de sabrosos frutos maduros. Abundaban flores multicolores, y entre los árboles y arbustos revoloteaban aves de raros y brillantes plumajes. Muy cerca había un pequeño arroyo de aguas resplandecientes, que acariciaban al pasar las verdosas orillas, murmurando sonidos encantadores, eso resultó una delicia para la niña, que había vivido tanto tiempo en secas y grises praderas. Mientras estaba allí de pie mirando aquel



Estos zapatos son tuyos y deberás usarlos.

extraño y hermoso lugar, notó que se le acercaba un grupo de las personas más raras que jamás había visto en su vida.

No eran tan grandes como los adultos a los que conocía, pero tampoco eran muy pequeñas. Tenían la misma estatura de Dorothy, que era bastante alta para su edad, aunque, a juzgar por su aspecto, mucho mayores que ella. Eran tres hombres y una mujer, todos vestidos de manera muy extraña. Sus sombreros eran redondos y terminaban en punta con unas campanitas en las alas que sonaban suavemente con cada uno de sus movimientos. Los sombreros de los hombres eran azules, y blanco el de la mujercita, quien lucía una especie de vestido también blanco con pliegues desde sus hombros y lleno de estrellitas que el sol hacía brillar como diamantes. Los hombres vestían de azul claro y calzaban botas negras con adornos del mismo tono de sus ropas. Dorothy calculó que eran casi tan viejos como su tío Henry, pues dos de ellos tenían barba. Pero la mujercita era sin duda mucho mayor; tenía el rostro cubierto de arrugas y el cabello casi blanco.

Cuando las personas se acercaron a la casa en donde Dorothy estaba parada, se detuvieron y hablaron por lo bajo, como si no se atrevieran a seguir avanzando. Pero la viejita llegó hasta Dorothy, hizo una profunda reverencia y dijo con voz muy dulce:

—Bienvenida a la tierra de los Munchkins noble hechicera. Te estamos profundamente agradecidos por haber matado a la Bruja del Este y liberado así a nuestro pueblo de sus cadenas.

Dorothy la escuchó con gran asombro y pensó, por qué la llamaría hechicera, y qué querría significar al decir que había matado a la Bruja del Este. Ella era una niña inocente e inofensiva a la que el tornado había alejado de su hogar, y jamás en su vida había matado a nadie. Era evidente que la mujercita esperaba una respuesta, de modo que Dorothy contestó:



—Es usted muy amable, pero debe tratarse de un error. Yo no he matado a nadie.

—Su casa lo hizo —rio la viejita—. Mira. —Continuó indicando una esquina de la casa—. Allí se ven sus pies, que sobresalen por debajo de una de las maderas. Al mirar hacia el lugar indicado, Dorothy dejó escapar un grito de miedo. En efecto, precisamente debajo del rincón de la casa, se asomaban dos pies calzados con puntiagudos zapatos de plata.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó la niña—. Le debe haber caído encima la casa. ¿Qué haremos ahora?

—No hay nada que hacer —dijo la viejecita.

—Pero ¿quién era? —Quiso saber Dorothy.

—La malvada Bruja del Este, como ya te dije. La que tenía esclavizados a los Munchkins desde hacía años, obligándolos a trabajar para ella noche y día. Ahora quedan libres, y te agradecen el favor.

—¿Quiénes son los Munchkins? —preguntó Dorothy.

—La gente que vive en esta tierra del este, donde mandaba la Bruja Malvada.

—¿Y usted es una Munchkins?

—No, pero soy amiga de ellos, aunque vivo en las tierras del norte. Cuando vieron que la Bruja del Este estaba muerta, los Munchkins me enviaron un mensajero a toda prisa y vine al instante. Yo soy la Bruja del Norte.

—¡Cielos! —exclamó Dorothy—. ¿Una bruja verdadera?

—En efecto —respondió la viejita—. Pero soy una bruja buena y la gente me quiere. No soy tan poderosa como era la Bruja Malvada, que gobernaba aquí, de otro modo yo misma habría liberado a la gente.